

ECONOMÍA Y DEMOCRACIA (1932)*

Karl Polanyi

(Traducción de Fernando Álvarez-Uría)



ILUSTRACIÓN: Paula Presa [cargocollective.com/paulapresa/]

Entre la economía y la política se ha abierto una profunda sima de separación. Tal es el crudo diagnóstico de nuestra época. Economía y política, estas dos formas de la vida de la sociedad, se han hecho autónomas, y han entablado entre sí una guerra sin cuartel, hasta el punto de que se han convertido en los signos de identidad a través de los cuales tanto los partidos políticos como las clases económicas expresan sus conflictos de intereses. ¡Prueba de ello es que la derecha y la izquierda se enfrentan en la actualidad, en nombre respectivamente de la economía y de la democracia, como si estas dos funciones de base de la sociedad pudiesen estar encarnadas exclusivamente por dos partidos diferentes en el interior del Estado! Sin embargo los eslóganes no hacen más que disimular una realidad cruel: La izquierda se polariza en torno a la democracia, mientras que la derecha lo hace en torno a la economía, de modo que el disfuncionamiento entre economía y política se despliega en una especie de bipolaridad catastrófica. Desde el bando de la democracia política surgen las fuerzas que afectan a la economía, la perturban y la obstaculizan. La economía, por su parte, responde mediante un asalto general contra la democracia, lo que supone optar por un economicismo irresponsable, poco realista.

* "*Wirtschaft un Demokratie*", *Der Österreichische Volkswirt*, nº 13-14, 24 diciembre 1932, pp. 301-303. Este artículo forma parte de *Los límites del Mercado*, antología publicada por *Capitán Swing*. Agradecemos a esta editorial la autorización para la inclusión en este monográfico.

No existe en la actualidad un problema más digno de interés para todos los hombres de buena voluntad que este enfrentamiento, pues una sociedad en la que los sistemas políticos y económicos se combaten entre sí esta indudablemente abocada al declive y a la pérdida de fundamento. De hecho, ya en la mayor parte de Europa la democracia política ha sido derrotada. En Rusia reina el bolchevismo, mientras que la dictadura militar o el fascismo lo hacen en numerosos Estados de Europa oriental, central y meridional. Y estamos lejos de percibir que se acerca un próximo final de esta dinámica destructora.

Nosotros mismos, a pesar de que cada una de nuestras fibras se enraíza en el terreno intelectual de la democracia, no podemos hacernos ilusiones, pues la democracia se encuentra en este momento frente a uno de los mayores retos de su evolución secular. Tras la guerra, economía y democracia, cada una por su lado, se encuentran sumidas en una crisis abierta. Apenas la economía ha creído superar la crisis del período revolucionario en los países vencidos cuando, con una amplitud imposible de percibir en los tiempos pasados, de nuevo ha sido víctima de una crisis global. Una crisis de una gravedad hasta entonces desconocida. De un modo aparentemente independiente la crisis de la democracia y del parlamentarismo se han hecho patentes en un gran número de países. Esto bastaría para haber debilitado el prestigio de la democracia. Pero el poder del ataque se ha visto multiplicado por el hecho de que la economía, en cierto modo, responsabilizó a la democracia de su propia parálisis: la ha acusado no sólo de promover la impotencia de la legislación, sino también de las interminables crisis gubernamentales y de las coaliciones, de la degeneración del sistema de partidos, así como de la irresistible caída de los precios, de la producción y del consumo, de la también irresponsable escalada de los desahucios, en fin, de la miseria del desempleo masivo.

La acusación planteada por la economía contra la democracia (con frecuencia se oye también decir "contra la política") era la siguiente: inflacionismo, subsidios, proteccionismo, sindicalismo, desajustes de la economía monetaria, subsidios y subvenciones costosas desprovistas de sentido a determinadas empresas particulares, medidas públicas de ayuda y saneamiento de ciertas ramas de la actividad económica, derechos proteccionistas de aduana, aumentos salariales excesivos, incremento de las cargas sociales. Los gobiernos de izquierdas de los países vencedores han fracasado en lo que se refiere a la cuestión de la moneda. El nuevo franco, el franco belga, la nueva libra desconectada del patrón oro y en vías de estabilización, y también, de hecho, el marco alemán, nacieron de las ruinas de períodos de gobierno democrático-progresistas. Herriot y el cartel de izquierdas en Francia, el gobierno Pouillet-Vandervelde en Bélgica, el segundo gobierno laborista en Inglaterra, la coalición de Weimar en Alemania, y, en parte también, el gobierno austríaco de coalición en 1920 han sido víctimas de la inflación. En países como Inglaterra, en donde los sindicatos no están subordinados a los partidos obreros, y por tanto están totalmente liberados de toda responsabilidad política, las organizaciones sindicales ponen en práctica una política salarial de clase. El mantenimiento de los salarios nominales permitidos por la asistencia al paro (a pesar de la revalorización de la libra) ha provocado un alza excesiva de los salarios en las ramas económicas dependientes del mercado mundial. La explotación del carbón, el transporte marítimo, la construcción naval y la industria textil tuvieron que plegarse a ello. En contrapartida, los empresarios (encabezados por

los menos competentes) se beneficiaron de una prima del Estado, la sin duda discutible subvención al carbón. Este sistema de ayudas estatales a determinadas industrias, en detrimento de otras, ha conocido su plena expansión en Alemania (tras el conflicto del Ruhr, por una motivación puramente política). No existe en Europa un solo país que, si subvenciona a sus productores de cereales, resista a la tentación de mantener unas prácticas agrícolas aduaneras hiper-proteccionistas. La ilusión profundamente política de una autarquía, que por una parte sería imposible y por otra resultaría perjudicial para la colectividad, fue la incitación primera. La economía en su conjunto no ha cesado a su vez de añadir su parte de cuota para potenciar algunos de estos rasgos autárquicos. De ahí deriva ese rasgo frecuentemente ignorado, y particularmente trágico para la democracia, que consiste en que ha sido designada responsable de la agravación de la crisis general, y esa acusación proviene precisamente de los propios medios económicos que se beneficiaban de sus estímulos, tales como los agrarios, los patronos y, en fin, y también de ciertos elementos de las propias masas obreras. Sin duda ninguna el propio fascismo se alimentó de una política económica llevada a cabo por la democracia que resultaba decepcionante para los obreros. La política, los partidos, los Parlamentos pasaron a ser sospechosos, y la democracia cayó en el descrédito, pues amplias masas, tanto de derechas como de izquierdas, se opusieron a ella.

De todo esto se deriva una comprobación: nada puede salvar a la democracia hoy si no es una nueva cultura de masas fundada en una nueva educación política y económica. Tan solo esto puede preservarla del suicidio. Si se consiguiese inculcar de forma profunda y sensible una cultura económica a los líderes mediadores de las amplias masas –ellos mismos constituyen ya de por sí una masa–, una gran parte de las medidas que adopta la democracia, porque no percibe claramente sus consecuencias, dejaría de existir. Lo que resulta fatal para la democracia moderna es la ignorancia de las condiciones y de las leyes fundamentales de la vida económica moderna. En este sentido, el viejo conocimiento no basta, pues los propios problemas son nuevos. La cuestión monetaria, en los términos en los se planteó a las generaciones de la postguerra, fue nueva; fue nuevo el paro masivo; nuevas, las tentativas de economía planificada nacidas de la guerra; fue nueva para nuestra especie la experiencia de una revolución industrial que transformó la técnica y la fábrica; y también es totalmente nueva la estrecha interpenetración de la economía bancaria en nuestro mundo. Pero casi tan nuevos como los problemas son los conocimientos que sería preciso poner en marcha. La economía política, en su aplicación a la moneda, a la coyuntura, a la crisis, a la racionalización, etc., es una ciencia casi totalmente nueva (sus principales obras salieron a la luz en el periodo de la postguerra mundial) ¡Y entre un nuevo saber y una nueva cultura aún queda un gran trecho por recorrer! El saber únicamente se convertirá en cultura a partir del momento en que contribuya a abrir para las masas el sentido del trabajo, de la vida, de lo cotidiano.

Todos aquellos que invitan a la democracia a proporcionar un suplemento de cultura con frecuencia producen la impresión de que de que quieren jugar con la economía contra la política. Digámoslo claramente y de una vez por todas: en la actualidad la economía carece tanto de cultura política como la política de cultura económica. ¡Cuántas veces, durante los últimos diez años, no se ha dado prioridad a la economía sobre la política! Y cada vez que esto fue así se fracasó. Aún más, los dirigentes

económicos pusieron de manifiesto ser tan ignorantes de la política, como los políticos en materia económica, hasta el punto de que no entendían las más elementales nociones de la política. ¿Acaso no ha asistido el mundo, tras los primeros acuerdos de comercio privado de materias primas, al juego de manos de la creación de la comunidad internacional del acero por parte del grupo luxemburgués de concertación, del difunto Mayrisch? ¿No hemos presenciado el acuerdo sobre el potasio de Arnold Rechberg? ¿No se ha producido lo que se ha denominado la comercialización y movilización de las reparaciones, así como los proyectos de cartel de Loucheur, que pretendían resolver la cuestión franco-alemana mediante la economía? También se barajaron juegos de manos en la economía mundial. Recuérdese simplemente la conferencia de Génova en la que los petroleros suscitaban la admiración general, pues se esperaba que se resolviese la cuestión rusa mediante la creación de una sociedad anónima que contaría con 25 millones de libras esterlinas de capital. ¡Recuérdese la sorpresa suscitada por la contribución de Morgan al problema del sistema mundial del crédito mediante la creación del Banco de regulaciones internacionales, o las innumerables conferencias económicas mundiales, recuérdese, en fin, la dimisión de casi todas las direcciones bancarias ante el problema de los créditos a corto plazo, tanto de los bancos que los otorgaban como de los que los suscribían! Verdaderamente, si exceptuamos los breves méritos de Morgan cuando se produjo el armisticio financiero denominado plan Dawes, todo, absolutamente todo lo que se emprendió seriamente sobre el plano económico para resolver la cuestión política ha quedado manifiestamente invalidado. El problema va más allá de los Stinnes, de los Kreuger, de los Thyssen, los Loucheur, los Hoover, los Ford y otros industriales.

El hecho de que los dirigentes económicos careciesen de la menor formación económica ha exacerbado hasta la caricatura la comedia de los errores. Y es que no solamente era en el terreno político en donde faltaba una mirada de conjunto, sino también en el propio ámbito económico en donde se puso de relieve que faltaba el conocimiento de las relaciones. Una política monetaria inflacionista ha permitido emprender inversiones desmesuradas, lo que a su vez ha obligado a medidas de protección aduanera para asegurar la rentabilidad. Primero en Alemania, después en Francia, en la actualidad en Inglaterra, proteccionismo e intervencionismo de Estado se han convertido en instrumentos en boga. Bien es verdad que los regalos de la democracia a los emprendedores con frecuencia no han sido más que los réditos, reparaciones por las consecuencias de las intervenciones de política social. Esta funesta alianza, muchas veces apenas consciente para los interesados, entre los intereses de la derecha y de la izquierda, ha causado el más oneroso perjuicio a la democracia, y concretamente al Reich alemán.

Hay que reconocer que la autoridad perdida de la democracia no ha impulsado sin embargo la influencia de los dirigentes económicos en el seno de la democracia, y esto habría sido su gran fracaso. En lugar de transmitir una mayor responsabilidad económica a la democracia, han terminado por sacrificarla. En los numerosos Estados en los que parlamentarismo y democracia eran una institución relativamente nueva, en Alemania, en Italia, en Polonia, en casi toda la Europa oriental, la economía se distanció de la democracia y de los derechos del pueblo. Durante la posguerra los trabajadores opusieron a la idea de dictadura una resistencia intelectual y moral mayor que la desarrolló la burguesía. Con una ligereza que sería impensable en los

países anglosajones, entre otras cosas debido al anclaje filosófico de la democracia en estos países en un sustrato religioso de origen puritano, se ha dejado caer a la democracia como si se tratase de una simple cuestión de forma, y no de la más alta expresión de la conciencia moral en el contexto del Estado moderno. Para el inglés *free trade* no equivale tan solo a libertad de comercio, en el sentido continental del término, equivale también a paz, a libertad y a derechos del pueblo. Nada ha revelado tan manifiestamente la falta de una verdadera cultura política en las partes geográficas más aisladas de Europa occidental, y también en las más retrasadas, que este desconocimiento de las relaciones más elementales.

Lo que vale para el terreno económico, vale también para el terreno político: en la postguerra las ciencias políticas enriquecieron de un modo importante su bagaje. Una vez más también en este ámbito los propios problemas eran nuevos: el sorprendente fracaso del escrutinio proporcional a partir de listas cerradas; las razones y los límites de la inclusión de representaciones de los intereses profesionales en el sistema constitucional; la importancia de la idea de referéndum popular para la salud de la democracia parlamentaria, y otras muchas cosas. Y sobre todo un capítulo clave: el fascismo.

Nos encontramos en nuestra época ante un nuevo reto para la ciencia. La técnica y los intercambios modernos han complejizado enormemente el edificio de la división del trabajo en las economías nacionales, y en la economía mundial, hasta el punto de que han hecho desaparecer una visión global de la situación del individuo. Ésta es sin duda la razón más profunda de la fosa que separa hoy a democracia y economía. Lo que queda oculto al individuo hoy es que es el propio ser humano el que se enfrenta consigo mismo en el terreno de la política y de la economía. De esa ceguera se derivan las decepciones que despojan del menor crédito a la democracia. En el espejo de la ciencia el individuo se hará sorprendentemente consciente de que al estar presente simultáneamente de los dos lados a la vez, en el lado de la política y en el de la economía, lo que hace con frecuencia es tan solo combatirse absurdamente a si mismo. Observará con sorpresa que el saber suscita en él la responsabilidad de situaciones hasta entonces inéditas. Cuanto más se enriquece, cuanto más se profundiza y se diversifica el edificio democrático, más efectiva se hace la responsabilidad de los individuos. Pero esto repercute ya en el terreno de la ideología, un terreno que se encuentra más allá de la ciencia. No es preciso que nos adentremos en ese terreno para afirmar alto y fuerte cual es la tarea de la educación política en nuestra época: conducir la democracia a la edad adulta para enriquecer el conocimiento y el sentido de la responsabilidad de los individuos.